

Ahora es mañana

López, Susana, (2003) *Representaciones de la Patagonia. Colonos, científicos y políticos (1870-1914)*, La Plata, Ediciones Al Margen, 201 páginas

Xavier Diez Rodríguez

Docente e investigador de la Universidad de Girona, España.

Ara és demà. No escalfa el foc d'ahir
ni el foc d'avui, i haurem de fer foc nou.
Del gran silenci ençà tot el que es mou
*es mou amb voluntat d'esdevenir*¹

Ahora es mañana, decía el poeta recientemente fallecido Miquel Martí i Pol. No calienta el fuego de ayer ni el de hoy, y añadía que desde el gran silencio opresor todo debía moverse con voluntad de suceder, de ir más allá, de conquistar el futuro a partir de la construcción del presente y la asunción del pasado. Martí i Pol, probablemente el poeta catalán más conocido de la segunda mitad del siglo XX, sabía de qué hablaba. Encadenado a una silla de ruedas desde que a los cuarenta y tres años se le diagnosticara una esclerosis múltiple, trataba de levantarse contra las opresiones transversales que le negaban su identidad. Sus poemas pretendidamente autobiográficos sabían conectar con millones de individuos que como él, crecieron en una clase social inadecuada, hablando una lengua perseguida, perteneciendo a un país oficialmente

1 Ahora es mañana. No calienta el fuego de ayer / ni el fuego de hoy, y tendremos que encender de nuevo el fuego. / Del gran silencio pasado hasta ahora, todo lo que se mueve / lo hace con voluntad de suceder. Martí i Pol, Miquel, *Crònica de demà* (1977), en http://www.martipol.com/martipol_anto_cat.html

inexistente y residiendo en el amplio espacio de aquéllos que aun antes de nacer, habíamos perdido la guerra civil.

Ciertamente, argentinos y catalanes parecemos condenados a compartir empatías. Nuestras difíciles experiencias históricas, conflictos de personalidad colectiva y exilios cruzados han permitido desarrollar, aparte de contactos intensos, una especie de acceso directo que hace de los ciudadanos australes unos hábiles analistas de la sensibilidad catalana, y de los mediterráneos unos perspicaces observadores de las complejidades argentinas. Ya sea Gato Pérez, un músico bonaerense que inventó la rumba catalana, ya sea Serrat, mejor comprendido en La Plata que en Madrid, los viajes de un hemisferio a otro desafían el concepto de las distancias.

¿Dónde puede estar el origen de estas afinidades inconscientes? Muy probablemente en la proximidad de identidades. Una proximidad de identidades no basada en formas y contenidos, sino fundamentada en coincidencias conflictivas. Cataluña, desde su orfandad de estado, ha debido sobrevivir al constante cuestionamiento de su identidad. Pero, por otra parte, como territorio de paso, encrucijada de pueblos, corredor mediterráneo, ha sido, y sigue siendo, un espacio conformado a partir de la absorción de diversos individuos cuya intención principal es buscar un lugar en el mundo donde prosperar, buscar una cálida hoguera de mañana que caliente más que el fuego de ayer y el de hoy, es decir, es una identidad dinámica y plural, en permanente cambio y construcción, y todo ello, desde su difuso origen medieval. Argentina ha sido siempre presentada como un crisol de pueblos necesitada de construir una identidad nacional desde la diversidad, aunque probablemente se trataba más de un crisol de esperanzas de prosperidades hipotéticas y sueños habitualmente truncados. Patagonia, por su parte, ha representado un microcosmos en que las cuestiones identitarias han sido las más dignas de estudio por su complejidad y relativo aislamiento. Territorio mítico y mitificado. Colonizado, colonizador y finalmente neocolonizado ya fuera por pueblos sin reconocimiento, naciones sin estado, estados con funcionarios, individuos con pasado turbio o familias con hambre de un futuro esplendoroso. Cataluña ha perdido casi todas las guerras en que ha participado, incluso las que ha ganado. Argentina ha ganado algunas, incluso las que ha perdido. Pero en ambos espacios, las identidades, y aquellas fronteras que no pueden dibujar los cartógrafos, nunca han sido fáciles de trazar, puesto que muchas se superponen, nacen, mueren o sobreviven, pero sobre todo conviven o cohabitan.

Para entender qué es la *identidad* es necesario tener bien claro el concepto de *frontera* (en su acepción más amplia, que tiene poco que ver con las líneas de los mapas, sino más bien la que delimita el terreno de la psicología social). Y para comprender ambos conceptos hay que conocer bien *Patagonia*, ese microcosmos que tanto nos dice de nosotros mismos. El libro publicado por la doctora Susana López, gran conocedora de la historia política, social y cultural americana y hábil analista de su epistemología, nos ayuda enormemente a descifrar este complicado triángulo con una sencillez desconcertante, y todo ello disfrazado de un aparentemente convencional libro de historia que incluso muchos podrían confundir como estrictamente regional. Pero el lector más o menos hábil se da cuenta enseguida, al observar las ricas y variadas referencias historiográficas y filosóficas existentes en el contenido del volumen, que esa región donde ejerce como docente se eleva por encima del estudio erudito tradicional para tratar de otras cosas más trascendentes; la visión y revisión de los instrumentos historiográficos; la construcción, destrucción y evolución de imaginarios colectivos e individuales; la reducción de un territorio a la condición de objeto de explotación capitalista; la apropiación, uso y silenciamiento de las memorias o de los proyectos alternativos a los dominantes; pero por supuesto, y como conclusión final, el derecho de sus habitantes (como de todos nosotros) a disponer de su lugar en el mundo.

La doctora López inicia valientemente su trabajo tratando de combatir las construcciones artificiales de una Patagonia presentada como desierto, espacio virgen dispuesto a ser explotado, o espacio recreativo para turistas, muy al estilo de la miopía con que Teroux o Chatwin trataron de impregnar las mentalidades mayoritarias de los clientes de agencias de viaje y que, a pesar del gran nivel historiográfico de las universidades al sur de Buenos Aires (bastante mejor de lo que los propios argentinos imaginan), continúan siendo las dominantes, casi puede decirse que las *oficiales*. A partir de este punto de inicio, la autora establece la genealogía del mito, desde sus remotos relatos protocoloniales hasta los reportajes del *National Geographic*. En esta parte lo que resulta absolutamente seductor es la narración de la epopeya de los galeses, en especial su relación con los indios y la necesidad de los equilibrios políticos con ese lejano estado que pretende fabricar argentinos. Pero seguramente, tras estas dosis de historia analítica camuflada de narración, viene quizá el cuerpo central del trabajo, que es la paciente autopsia de los discursos justificativos de la ocupación y explotación del territorio. Y para la cronología en la que se mueve este libro (infelizmente concluida en 1914, cuando la historia empieza a ponerse de lo más interesante), analizar discursos

significa aplicar firmemente, con bisturí incluido, el método científico al neopositivismo para mostrarlo tal como es; un artefacto intelectual justificador de la la colonización y sus perpetradores (ellos lo llaman decimonómicamente *civilización*). El estado, ese fabuloso invento liberal que crea ciudadanos a partir de las monarquías postfeudales o residuos postcoloniales, incorpora los territorios ajenos y no controlados en la misma medida en que se reparte África, persigue al galés, encierra en museos a los cadáveres disecados de los pigmeos o convierte en *patois* al occitano o el catalán. Pero, evidentemente, en este proceso es tan eficiente la fuerza como lo que Vicente Verdú, para hablar de los imperios actuales, denomina la seducción.² Así, mientras el ejército, los terratenientes y las multinacionales ocupan el territorio físico, las escuelas y los intelectuales ocupan el espacio mental de sus pobladores. Patagonia, por su carácter especial de lo que se viene denominando convencionalmente *frontera* (en la misma medida que el oeste norteamericano, Alaska, Australia o Sudáfrica), se convierte, pues, en un laboratorio creador de identidades, con su historia negada y silenciada (los indios), con sus sueños y proyectos alternativos (los galeses), sus utopías antitéticas a la lógica colonial (los anarquistas como Malatesta en búsqueda de sus icarias perdidas que obvia la autora) y finalmente sus viajeros científicos que, como antropólogos, geólogos o geógrafos estudian a fondo la región y acaban domesticándola y sometiénola, a un estado argentino sin demasiada fortuna histórica, pero con un innegable hambre de identidad.

De la misma manera que Patagonia es, en muchos aspectos, una región sorprendente, el libro de esta profesora universitaria de Trelew, también lo es. Aunque el estilo y las formas del trabajo revelan su origen como tesis doctoral, redactada pacientemente a lo largo de diez años, por lo tanto, condenado a mostrar algunos excesos de academicismo, como el apabullante aparato bibliográfico y la abundancia de referencias, con un lenguaje a menudo excesivamente formal (como es habitual en las publicaciones científicas latinoamericanas, hecho que contrasta con las tradiciones ibéricas), a pesar de todo ello también resulta fácil que la autora dejara traslucir una cierta dosis de poesía (influída sin duda por los espectaculares paisajes australes), casi a la manera de los *haikus* japoneses. En otras ocasiones, como la narración de la experiencia galesa, el estilo da un pequeño giro y adopta formas de sagas islandesas. Quizá la centralidad de los galeses como conformadores del carácter histórico de la región, como proyecto de futu-

2 Verdú, Vicente, (2003) *El estilo del mundo. La vida en el capitalismo de ficción*, Barcelona, Anagrama.

ro que inexorablemente se convierte en pasado, hace que ésta sea, sin duda alguna, la parte más interesante del libro. Pero es sobre todo el análisis de los discursos, paralelo a la narración de los hechos, lo que permite que este libro se eleve sobre mucha otra literatura que parece haber puesto de moda en todo el mundo a la Patagonia. Libros, algunos de ellos literarios, periodísticos, de viajes, pero casi todos de análisis blando, como viene sucediendo en el panorama global a la hora de enfrentarse a cualquier realidad. La autora, a pesar de sus formas amables, no parece tener piedad con las imágenes bucólicas, aventureras o de consumo fácil. Y como en las historias conradianas muestra al lector lo que existe en la trastienda de un territorio colonizado, con identidades arrebatadas por la fuerza del Regminton, y aun así, con todo el futuro por delante. Una pena que los europeos sigan leyendo a Chatwin e ignorando a Bayer o a libros como éste.

Porque, ciertamente, la historia no sirve para nada si no es para comprender mejor el presente y encarar con más ánimo el futuro; importa más la hoguera de mañana que el fuego de hoy o las brasas de ayer, como nos sugería Martí i Pol, y todo eso, a pesar de las esclerosis que pretenden a los pueblos impedir levantarse contra los límites impuestos por los poderosos. Y para ello, solamente el conocimiento de las verdades, y mejor aun, el por qué de todo esto nos puede permitir construir el futuro con nuestras propias manos. No debemos olvidar que este libro de larga gestación se culminó en una coyuntura histórica especial; uno de los múltiples fondos de la historia que periódicamente, tanto argentinos como catalanes, tocamos con nuestros dientes, hasta el momento en que decidimos volver a levantarnos, a pesar de unos estados de ánimo nada prometedores.